

Identidad ambiental del Gran Caribe

Por Carlos VÉJAR PÉREZ-RUBIO*

1. *Mare nostrum*

MITOS EÓLICOS, MITOS SOLARES Y MITOS MARINOS; Antilia, isla adelantada en los mapas medievales; Atlántida, comarca de Neptuno más allá de las columnas de Hércules (¿no lo dice Platón en el *Critias*?). Huracán, *hurricane*, *ouragan*, *jurakán*, vientos desmesurados que soplan, barren y dispersan la semilla en las ínsulas y en las zonas continentales de la región de lo real maravilloso, ésa que el mismo Almirante del Mar Océano nombrara con la voz “Caribe” un turbulento diciembre de 1492; Caribe, llave de la utopía occidental del Nuevo Mundo, fuente de incalculables riquezas y poder para los conquistadores europeos y de innumerables penurias y miserias para los “otros”, los conquistados, que a partir del mutuo descubrimiento comenzarían a ver sus territorios cada vez más irreales y menos maravillosos. Decir Caribe es decir fiesta, carnaval, tabaco, azúcar, ron, sudor insoportable, calor endemoniado, colores estridentes, olores embriagantes, ritmo, mucho ritmo, calypso, *reggae*, biguén, rumba, conga, salsa, plena, son, danzón, merengue, fandango, frutas lujuriosas, viandas succulentas: malanga, yuca, ñame, mango, boniato, quimbombó o callaloo... Decir Caribe es decir ajiaco, sancocho, asopao, *melting pot*, sincretismo, mestizaje pues, de todo tipo y de todos los tipos: mayas, nahuas, chibchas, taínos, arauaco-caribes, españoles, holandeses, franceses, ingleses, daneses, suecos, africanos de múltiples etnias —bantú, yorubá, akán—, javaneses, libaneses, hindúes, judíos, chinos... “Todos los caminos del mundo comen en nuestras manos”, escribió Saint John Perse, el ilustre poeta de Guadalupe.

De la riqueza cultural del Gran Caribe hablan bien la gastronomía, la literatura, la música, la plástica, la arquitectura, la danza, el cine, el teatro, el deporte, el humor, los estudios antropológicos e históricos, las tradiciones, pero también el pensamiento y la ciencia. Soplan los vientos de la Madre Naturaleza y desparraman por el mundo la obra de tantos genios, hombres y mujeres originarios de estas tierras de

* Director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*; e-mail: <elaleph@archipelago.com.mx>. Este artículo se realizó en el marco del proyecto de Investigación Básica “Independencia y comunicación. México en las redes de información atlánticas, 1810-1821” (clave Conacyt 83711).

verdor exuberante y mar aturquesado: José Martí, Salvador Díaz Mirón, Saint John Perse, Salomé Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Carlos J. Finlay, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Julia de Burgos, Lola Rodríguez de Tió, Germán Arciniegas, Arturo Uslar Pietri, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Carlos Pellicer, Frantz Fanon, Derek Walcott, V. S. Naipaul, Nicolás Guillén, Fernando Ortiz, Juan Bosch, Aimé Césaire, Patrick Chamoiseau, Pedro Mir, Luis Palés Matos, Wifredo Lam, René Portocarrero, Ernesto Lecuona, Rita Montaner, *El Jibarito* Rafael Hernández, Agustín Lara, Toña la Negra, *Bola de Nieve...*¹

Para entendernos, y coincidiendo en parte con lo que una vez escribiera el historiador cubano Manuel Moreno Fragonals,² sociedades caribeñas para nosotros no son sólo las establecidas en las islas del arco antillano que va desde Cuba hasta Venezuela y en los territorios de tierra firme como las Guayanas y las costas de Colombia, Venezuela, Centroamérica y México bañadas por ese *Mare nostrum* americano, sino también aquellas que comparten esta identidad aun cuando se asienten en áreas geográficas que, sin pertenecer estrictamente a la cuenca, histórica y culturalmente están vinculadas a ella, como el estado de Veracruz en el Golfo de México, o las tierras colombianas que se asoman al Océano Pacífico, en donde se baila la mejor salsa de la región, según los entendidos; o bien, Miami (ciudad que alberga más población nacida en el Caribe que muchas de las islas) o Nueva York, en donde habitan millones de puertorriqueños, dominicanos, haitianos y migrantes de las *West Indies* (y que, a propósito de salsa, es importante centro difusor de este ritmo sabrosón de indiscutible manufactura caribeña). Antonio Gaztambide-Géigel precisa cómo se ha ido articulando en la región una identidad transnacional de carácter etnocultural, que hace de *caribeño* sinónimo de “afroamericano central” y que comprende a las sociedades afroamericanas situadas entre el sur de Estados Unidos y el norte de Brasil.³

Los pueblos caribeños encuentran su raíz más profunda en las migraciones que desde época remota han dejado huella en su territorio, y en el mestizaje étnico-cultural que suele acompañarlas, diáspora de

¹ Seis escritores del Gran Caribe han obtenido el Premio Nobel de Literatura: Saint John Perse, Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Derek Walcott y V.S. Naipaul.

² Manuel Moreno Fragonals, “Tres tristes plantaciones”, *Alfil* (México), núm. 10 (invierno 1991-1992).

³ Antonio Gaztambide-Géigel, “Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe”, *Revista Mexicana del Caribe*, año V, núm. 9 (2000).

todo tipo, centrífuga, centrípeta, violenta, forzosa, constante, inclemente, como las ráfagas del huracán. Inmigrantes de muy remotos mundos, contrapunto en blanco y negro, ¿cuántos millones de negros africanos, “infames de derecho”, fueron trasplantados a estas tierras por los blancos traficantes europeos desde que en 1518 Carlos V expidiera la primera Real Cédula concediendo licencia de llevar cuatro mil esclavos de África a las Antillas? ¿Cómo olvidar a aquel obispo portugués que sentado en su silla de piedra de Loanda bendecía a los esclavos a medida que entraban a las bodegas de los barcos, garantizándoles a través de su bendición apostólica la bienaventuranza indecible de una vida futura con la que no tenía comparación el corto periodo de tribulación terrena?⁴ Migraciones del campo a la ciudad: ¿desaparecerá un día del mapa social el jibarito, el guajiro, el rancharo, el campesino, para convertirse en un ente anónimo más de los barrios periféricos y miserables de las congestionadas urbes contemporáneas? ¿Logrará expulsar la dinámica económica al indio y al negro de sus ancestrales y endogámicos enclaves de resistencia en el ámbito rural de la región? Migraciones internas y externas, pasadas y presentes, futuras... jamaquinos en Panamá, nicaragüenses en Costa Rica, *cocolos* y haitianos en República Dominicana, dominicanos en Puerto Rico, puertorriqueños en Nueva York vía la guagua aérea, cubanos en Miami, mexicanos y centroamericanos en... el destino máspreciado: Estados Unidos. La principal causa: la económica, producto del subdesarrollo que prevalece en la región. A fin de cuentas, hay que comer.⁵

2. *Del urbanismo a la cultura ambiental*

VEGETACIÓN exuberante, extensas playas, voluble clima, aguas azules, verdes, transparentes, fauna marina, sol radiante, arena ardiente, calor insoportable, palmeras, manglares, loros, gaviotas, cocuyos, mosquitos, viento huracanado, negros nubarrones, lluvias torrenciales, mar embravecido, mortales arrecifes, barcos naufragados, tesoros sumergidos, puertos de abrigo, campos cultivados, azúcar, tabaco, cafetos, bananas, selvas intrincadas, montañas escarpadas, volcanes activos, valles extendidos, ingenios, centrales, bateyes, bohíos, piñas coladas, rones destilados, aromas embriagantes, arroyos cristalinos, poblados

⁴ Peter Worsley, *El Tercer Mundo*, México, Siglo XXI, 1966.

⁵ En el campo de la cultura este fenómeno migratorio ha tenido interesantes efectos que han sido estudiados por destacados antropólogos; véanse, por ejemplo, Néstor García Canclini, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1989; y George Yúdice, *El recurso de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.

pintorescos, dispersos caseríos, ciudades que cantan, bailan, lloran, sudan, bosques de piedra, cemento, acero, barro recocido, chapas de zinc, vidrios, cristales, maderas tropicales, costeñas trigueñas, morenas sensuales, rubias delirantes, blancos bronceados, mestizos, mulatos, jabaos, Caribe milenario, ritmo, mucho ritmo, todos los negros tomamos café.

El ambiente, para decirlo en dos palabras, es la unidad del hombre y el entorno. En la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver, Canadá, en 1976, quedó definido el sistema ambiental —el *habitat*— como “el ámbito físico natural y artificial en el que desarrollan su vida las sociedades humanas”. Es el *habitar* lo que le da sentido a un sistema ambiental, trátese de minúsculos poblados rurales o de grandes centros urbanos. Las obras arquitectónicas y urbanas —edificios, casas, calles, puentes, plazas, muelles, parques, jardines— cobran vida solamente cuando son habitadas por una determinada sociedad.⁶ De otra forma serían monumentos inertes, meros vestigios arqueológicos o vacua escenografía. Y es la *habitabilidad* la categoría que mejor califica sus cualidades funcionales, estéticas, simbólicas y técnico-constructivas. La ciudad es la gente, la sociedad, el lugar, el tiempo histórico, la idiosincrasia, la cultura ambiental generada. En la medida en que el ambiente construido enriquece la vida humana, se hacen más evidentes los valores que lo condicionan.

“La justicia ambiental materializa la justicia social”, decía el arquitecto cubano Fernando Salinas en su interesante estudio sobre la cultura ambiental de la Revolución Cubana, publicado en La Habana en 1984,⁷ axioma que se expresa crudamente en las ciudades y pueblos caribeños, en los que la desigualdad social —y ambiental— es carta de identidad. En su propósito manifiesto de hacerlos a su imagen y semejanza, el Primer Mundo les exporta una arquitectura y un concepto de ciudad creados a partir de sus peculiares modos de vida, sus avances tecnológicos y su potencialidad económica, expresiones que contrastan con aquellas que emergen anónimas y precarias en los barrios populares y marginales de las ciudades y pueblos del Gran Cari-

⁶ Muchos años y esfuerzos ha costado superar la estrecha visión del historicismo moderno de la arquitectura, originada por James Fergusson en *History of Architecture* (1874), que consideraba como “arquitectura” solamente a las grandes obras y centraba su atención en los edificios construidos, soslayando las relaciones entre éstos y las sociedades que los construyeron y habitaron, cf. Paul Oliver, *Cobijo y sociedad* (1969), Madrid, H. Blume Ediciones, 1978, p. 8.

⁷ Véase Carlos Véjar Pérez-Rubio, *Y el perro ladra y la luna enfría. Fernando Salinas: diseño, ambiente y esperanza*, México/La Habana, UNAM/UAM/UIA/UNIÓN, 1994, p. 36.

be. Ambas expresiones urbano-arquitectónicas muestran dos mundos encontrados y conforman una sola, desoladora realidad. Conviene analizar los precedentes.

En los años treinta del pasado siglo, cuando en el mundo soplaban ya con fuerza los vientos de la modernidad, los temas relativos a la ciudad atraían cada vez más la atención de los especialistas, sobre todo en los países desarrollados. Todo había comenzado hacia fines del siglo XIX, cuando la expansión de la sociedad industrial y la urbanización consiguiente propiciaron el surgimiento de una disciplina, distinta a las artes urbanas anteriores por su carácter reflexivo y crítico, y sus pretensiones científicas: el urbanismo. A lo largo de ese siglo, pensadores como Owen, Carlyle, Ruskin, Morris, Fourier, Cabet, Proudhon, Marx y Engels, entre otros, se habían ocupado del problema de la ciudad, sin disociarlo nunca de las cuestiones relativas a la estructura y significación de las relaciones sociales, así como de su vinculación con su opuesto, el campo. Fueron ellos los precursores de esta nueva disciplina.

Georg Simmel publica en 1903 su estudio *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*, en el que plantea la enajenación del hombre moderno habitante de la gran ciudad que para él no es más que un conjunto de edificios, aglomeraciones y tráfico ininterrumpido de personas y mercancías, en donde la vida es más intelectual y fría que en la ciudad pequeña. En las grandes ciudades, según él, la proximidad espacial está asociada a una distancia espiritual, y los sentimientos y lazos afectivos de la población son menos importantes que en la ciudad pequeña.⁸ Y hay que pensar que las grandes ciudades de su tiempo eran, por ejemplo, Berlín, que en 1910 tendría tres millones cuatrocientos mil habitantes; o París, con tres millones; o la más grande, Londres, que llegaría a los siete millones de habitantes en ese mismo año.⁹ Este trabajo de Simmel es el corolario de su obra mayor, *Filosofía del dinero* (1900), en donde cuestiona el ideal romántico del progreso cultural al sostener que la economía del dinero estimula en el hombre la tendencia a la abstracción, favorece el desarrollo de las facultades intelectuales en menoscabo de las afectivas y, al mismo tiempo, provoca una despersonalización de las relaciones humanas.¹⁰

⁸ Georg Simmel, *Roma, Florencia, Venecia*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 55.

⁹ Domingo García Ramos, *Iniciación al urbanismo*, 2ª ed., México, UNAM, 1965, p. 93.

¹⁰ Véanse Georg Simmel, *Filosofía del dinero*, Ramón García Cotarelo, trad. e introd., Granada, Comares, 2003; y François Choay, *El urbanismo: utopías y realidades*, Barcelona, Lumen, 1970, p. 504.

En 1924 se crea en París el Institut d'Urbanisme. En 1928 dan inicio los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), que reúnen en diferentes ciudades europeas a los profesionales de vanguardia en esta disciplina, encabezados por Le Corbusier, Sigfried Giedion, Hannes Meyer, El Lissitzky y Alvar Aalto, quienes entre otras cosas propugnan la conjugación indisoluble de la arquitectura y el urbanismo. En 1933 le toca el turno a Atenas, en donde los trabajos y deliberaciones del cuarto congreso constituirán la base de la llamada Carta de Atenas, en la que se establecen los principios fundamentales del ordenamiento de la ciudad moderna —habitar, trabajar, recrearse y circular— y se proponen interesantes conceptos, como los siguientes:

El espíritu de la ciudad se ha formado en el curso de los años; simples edificaciones han cobrado un valor eterno en la medida en que simbolizan el alma colectiva; son la osamenta de una tradición que, sin pretender limitar la amplitud de los progresos futuros, condiciona la formación del individuo tanto como el clima, la comarca, la raza o la costumbre. La ciudad, por ser una “patria chica”, lleva en sí un valor moral que pesa y que se halla indisolublemente unido a ella.¹¹

En 1938, Louis Wirth publica en el *American Journal of Sociology* el ensayo “El urbanismo como modo de vida”, que se volverá un clásico de la sociología urbana. En él dice que “el problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de acción y organización sociales que, de modo típico, emergen allí donde se da el establecimiento relativamente permanente y compacto de grandes cantidades de individuos heterogéneos”.¹² La heterogeneidad de la población urbana, según Wirth, se explica entre otras cosas por los inmigrantes provenientes de otras ciudades, del campo y de otros países, lo que convierte a la ciudad en “un crisol de razas, gentes y culturas y la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales”.¹³ Este célebre ensayo será puesto a crítica varias décadas después por autores como Manuel Castells, quien afirma que todo lo que en la tesis de Wirth es “cultura urbana”, no es en realidad más que la traducción cultural de la industrialización capitalista, la emergencia de la economía de mercado y el proceso de racionalización de la sociedad moderna.

¹¹ Le Corbusier, *Principios de urbanismo (la Carta de Atenas)*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 32. En esa reunión se analizaron treinta y tres ciudades, ninguna de ellas latinoamericana por cierto.

¹² Louis Wirth, *El urbanismo como modo de vida*, 2ª ed., Buenos Aires, Nueva Visión, 1968, p. 20.

¹³ *Ibid.*

Ya en los años setenta, tomando como base las ideas anteriores, el mismo Castells definirá la cultura urbana —en el sentido antropológico y etnográfico del término— como un sistema de normas, valores y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de transformación, o —por lo que concierne a los actores— de comportamientos, actitudes y opiniones.¹⁴

Otras disciplinas, como la psicología ambiental, también incursionan en estos temas urbanísticos y profundizan en aspectos tan importantes como la percepción de la ciudad. Uno de los pioneros en esta labor fue el investigador francés Abraham Moles, cuya *Teoría de la información y la percepción estética* (1958) tuvo notoria influencia en los estudios posteriores que habrán de realizarse. Investigadores como Kevin Lynch —profesor del Massachusetts Institute of Technology, con una formación interdisciplinaria que incluye la psicología y la antropología— llegan a catalogar al urbanismo como un arte diacrónico, al ser la ciudad un objeto perceptible solamente a través de largas secuencias temporales que son interrumpidas o abandonadas según las ocasiones o los individuos que las perciben.¹⁵ Por otro lado, Javier Covarrubias analiza la repercusión psicológica que la arquitectura de la gran ciudad tiene sobre sus habitantes. Parte de la hipótesis de que la complejidad visual de los objetos percibidos es altamente nociva para ellos por haber alcanzado niveles excesivos y paradójicos de caos y monotonía.¹⁶

Más recientemente, las reflexiones que desde el campo de la economía y las ciencias sociales se han hecho sobre el proceso de urbanización de los países latinoamericanos y caribeños han tenido gran repercusión. Dichas reflexiones consideran que los países de la región han convertido a sus ciudades en receptáculos desordenados de contradicciones y desigualdades sociales y ambientales. Hoy, cuando se ciernen sobre el planeta innumerables amenazas debido al calentamiento global provocado por los gases de efecto invernadero de la planta industrial, el tema de la *sustentabilidad* está en boca de todos. La crítica al modelo capitalista neoliberal, principal responsable de esta situación, es certera en personajes como Joseph Stiglitz, premio Nobel

¹⁴ Manuel Castells, *Problemas de investigación en sociología urbana*, 7ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno, 1971, p. 50. También en *La cuestión urbana*, 2ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno, 1976, p. 95.

¹⁵ Texto clásico de Kevin Lynch, *The image of the city*, Cambridge, Mass., The Technology Press/Harvard University Press, 1960.

¹⁶ Javier Covarrubias, *El delito de contaminación visual*, México, UAM-Azcapotzalco, 1989, p. 188.

de Economía, cuyos planteamientos confrontan los postulados del Consenso de Washington y la política del Fondo Monetario Internacional (FMI). Dice Stiglitz, por ejemplo:

De todos los desatinos del FMI, los que han sido objeto de más atención han sido los relativos a las secuencias y los ritmos y su falta de sensibilidad ante los grandes contextos sociales; el forzar la liberalización antes de instalar redes de seguridad, antes de que hubiera un marco regulador adecuado, antes de que los países pudieran resistir las consecuencias adversas de los cambios súbitos en las impresiones del mercado que son parte esencial del capitalismo moderno; el forzar políticas que destruían empleos antes de sentar las bases para la creación de puestos de trabajo; el forzar la privatización antes de la existencia de marcos adecuados de competencia y regulación.¹⁷

Puntualicemos. La cultura ambiental de toda ciudad o poblado es tan multifacética y variada como sus habitantes, unidos y diferenciados por motivos económicos, políticos, ideológicos, sociales, religiosos, étnicos y culturales, en su más amplia acepción. Son los sujetos sociales, con su actuación e interacción consciente e inconsciente, quienes van creando ese complejo entramado de la vida urbana. Cada ciudad se percibe y se vive de cierto modo por cada uno de sus habitantes —y de sus visitantes—, para quienes siempre existirá la calle entrañable, la esquina memorable, el farol fundido, la casa esperada, la banca en el parque. En realidad, todos los habitantes de una ciudad tienen relación cotidiana o eventual con alguna o varias de sus partes, lo que hace que la imagen que conservan de ella esté siempre llena de recuerdos y significaciones.

Las relaciones que se establecen entre los pobladores, las diversas expresiones culturales que se manifiestan en la convivencia cotidiana, las contradicciones sociales, sumadas a las características geográfico-físicas del lugar y a sus antecedentes históricos, configuran la cultura ambiental y le dan a la ciudad o al poblado su carácter específico. También acercan a los pobladores al campo de la poética urbano-arquitectónica, en cuya expresión metafórica las edificaciones son símbolos polisémicos en los que una cultura se reconoce a sí misma, se identifica. Allá por los años sesenta, cuando la semiótica estaba en boca de los especialistas, Henri Lefebvre decía: “Habría que estudiar cómo se significa la globalidad (semiología del *poder*), cómo se signi-

¹⁷ Joseph Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Barcelona, Taurus/Santillana, 2002, pp. 102-103.

fica la ciudad (es ésta la semiología propiamente *urbana*), y cómo se significan las maneras de vivir y habitar (semiología de la vida cotidiana, del habitar y del *habitat*)”.¹⁸ El espacio todo está cargado de sentido.

3. *El sincretismo ambiental caribeño*

EN el caso de las ciudades caribeñas, asentadas en un ambiente de naturaleza exuberante y desbordada, el subdesarrollo y la dependencia, así como los procesos migratorios inherentes, han propiciado que la yuxtaposición de símbolos edificados sea más un desorden ininteligible que una estimulante expresión de variedad. Antonio Benítez Rojo dice que llevan “en sus entrañas ciudades minúsculas, fetales, nódulos de turbulencia que se repiten —cada copia diferente— por marinas, plazas y callejones”.¹⁹ Además, ocurre con ellas lo mismo que con todas las cosas sometidas a un proceso de mezcla, de mestizaje: pierden su expresión original y lo ambiguo pasa a ocupar el lugar de lo auténtico. El sincretismo ambiental —término que para Roberto Segre tiene una significación que no es negativa o reductiva, como ocurre con el eclecticismo— expresa una integración creadora y original de elementos que se fusionan en un producto inédito; al absorber atributos de la cultura popular dentro de la cultura profesional, el sincretismo ambiental otorga una particular importancia a los componentes vernáculos y a aquellos originados en las estructuras productivas hegemónicas en las plantaciones rurales; sin embargo éstos se revierten luego en las tipologías arquitectónicas urbanas.²⁰

La mimesis y la parodia están presentes en las características ambientales de las ciudades caribeñas, sean éstas de origen colonial español, inglés, francés u holandés, como La Habana, Veracruz, San Juan, Santo Domingo, Cartagena de Indias, Panamá, Nassau, Kingston, St. George, Fort-de-France, Point-à-Pitre, Oranjestad o Willemstad, por nombrar sólo algunas de las principales. Bridgetown, capital de Barbados, por ejemplo, es tan británica que sus estrechas callejuelas con nombres ingleses como Broad Street desembocan en una Trafalgar Square en miniatura, estatua de Nelson incluida.²¹ No es de extrañar. En general, las manifestaciones culturales dominantes en

¹⁸ Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península, 1969, p. 83.

¹⁹ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998, p. 251.

²⁰ Véase Roberto Segre, *Arquitectura antillana del siglo XX*, La Habana/Bogotá, Editora de Arte y Literatura/Universidad Nacional de Colombia, 2003, p. 17.

²¹ Véase Silvia L. Cuesy, “Vientos del Caribe”, *Universidad de México*, núm. 616 (octubre del 2002).

los países colonizados y dependientes —incluidas las urbanísticas y arquitectónicas— han estado determinadas siempre por los cánones dictados por las metrópolis, que históricamente han coaccionado la creatividad de sus pueblos originarios y mestizos. Carpentier mismo lo hacía notar en una de sus crónicas parisinas de 1931: “En América Latina el entusiasmo por las cosas de Europa ha dado origen a cierto espíritu de imitación que ha tenido la deplorable consecuencia de retrasar en muchos lustros nuestras expresiones vernáculas [...] Hemos soñado con Versailles y el Triánón, con marquesas y abates, mientras los indios cantaban sus maravillosas leyendas en paisajes nuestros, que no queríamos ver”.²²

Sin embargo, los cánones y dogmas importados se han confrontado siempre —en un interesante ejercicio dialéctico— con los diversos factores que conforman la realidad concreta caribeña, imposibles de soslayar. Las condiciones físico ambientales, por ejemplo, rebasan las fronteras geopolíticas y temporales, y tienen una influencia determinante en el carácter e idiosincrasia de los pobladores y en su modo de vida. “La influencia de la naturaleza es el único elemento que no cambiará con las metamorfosis de las culturas tradicionales”, afirma Bruno Stagno.²³ Luego cita al arquitecto estadounidense Louis Kahn, quien una vez dijo que “se aprenden las reglas del arte viendo mucho, oyendo mucho y sintiendo mucho, pero hay otras cosas que surgen de las características mismas del aire y de la luz... presencias eternas y muy simples con las que debe mantenerse una conversación permanente en arquitectura”.²⁴

En los países desarrollados ha existido siempre la creencia de que el hombre que habita en el trópico es un ser indolente, perezoso, extrovertido, festivo, sensual, que cuando no se encuentra bailando, cantando o amando está plácidamente dormido bajo un sombrero de palma en una hamaca suspendida de dos palmeras, de donde le basta estirar la mano para cortar una banana cuando tiene hambre y un coco para saciar su sed. Visión estereotipada que el cine hollywoodense y la literatura *best seller* se han encargado de divulgar. Poco se sabe en esos lugares de las penurias que se padecen en las zonas tórridas por los rigores del clima, que van desde la canícula provocada por el sol abrasador hasta la humedad excesiva, las lluvias torrenciales, las inundaciones, los vientos huracanados y la sequía prolongada, a la que se suman

²² Alejo Carpentier, *Crónicas*, La Habana, Letras Cubanas, 1985, tomo II, p. 481.

²³ Bruno Stagno, *Arquitectura para una latitud*, México, Menhir, 1997, p. 33.

²⁴ *Ibid.*

plagas de insectos que destruyen las cosechas y provocan las más diversas enfermedades tropicales. Calamidades todas ellas difíciles de enfrentar con los limitados recursos de los países subdesarrollados y que, lógicamente, padecen con más intensidad las mayorías de pauperizadas que habitan los barrios populares de las ciudades y los precarios asentamientos rurales. Las condiciones urbanísticas y arquitectónicas de estos lugares están lejos de brindarles una adecuada protección del inclemente medio físico, por muy folclóricas y típicas que puedan lucir las edificaciones. En este marco se genera todos los días la cultura ambiental de gran parte de la población caribeña, que contrasta con aquella de los sectores pudientes y los turistas extranjeros, cuyo modo de vida es radicalmente distinto y, desde luego, mucho más receptivo a las influencias foráneas con las que obligadamente hay que estar a tono.

En realidad, los pueblos caribeños han desarrollado una cultura propia a lo largo de los siglos, una cultura *híbrida*²⁵ que no ha podido ser engullida por el “progreso” y la “modernidad” a pesar de los más entonados cantos de sirenas eurocéntricas, lo que ha sido clave para la construcción de su identidad regional. Una cultura derivada de las peculiaridades étnicas de sus habitantes, de sus antecedentes históricos y de las formas de organización social y producción económica que se han desarrollado en la zona a lo largo del tiempo. La riqueza de lo vernáculo se expresa en los espacios arquitectónicos construidos con materiales y técnicas artesanales preservadas celosamente por la tradición, en los que la adecuación al clima y a la idiosincrasia es fundamental. Los magníficos ejemplos de este tipo de arquitectura que todavía podemos encontrar en los más diversos ámbitos del Gran Caribe —que contrastan con las anónimas torres de cristal que extienden sus tentáculos al ámbito bucólico— son una buena muestra de ello, como lo son también la música, los bailes, las fiestas, la gastronomía, la vestimenta, la literatura, los giros lingüísticos y las artesanías, entre tantas otras manifestaciones populares.

Hace un par de décadas circuló por el mundo el libro *Caribbean style*²⁶ que difundió la belleza *naïve* de la arquitectura popular antillana, “imagen paradisíaca coincidente con el acelerado desarrollo turísti-

²⁵ García Canclini afirma que la palabra *híbrido*, al trasladarse de la biología a los análisis socioculturales, perdió univocidad, por lo que algunos prefieren hablar ahora de sincretismo cuando se refieren a cuestiones religiosas; mestizaje cuando se trata de historia y antropología; y fusión, tratándose de música; véase García Canclini, *Culturas híbridas* [n. 5], p. iii.

²⁶ Suzanne Slesin *et al.*, *Caribbean style*, Nueva York, Clarkson N. Potter/Crown, 1985.

co de la región y la proliferación de hoteles, *resorts*, Clubs Mediterráneo, en todas las playas y costas de las islas, cuya utilización por los visitantes del Primer Mundo movilizó a las frágiles economías locales, sometidas a progresivas crisis por los acelerados cambios en el sistema mundial globalizado”.²⁷ Esta arquitectura vernácula se explica además por la preeminencia del medio rural sobre el medio urbano en la mayor parte del ámbito caribeño, en donde el proceso de urbanización ha sido más lento que en otras partes de América Latina. Entre otras causas, habría que anotar que la industrialización, asociada históricamente a los procesos de urbanización, ha sido muy limitada en la cuenca de los huracanes, particularmente en las islas. El turismo —la “industria sin chimeneas”, de gran impulso en la región y empleador intenso de mano de obra del ámbito rural— no se asienta ni necesaria ni mayoritariamente en las zonas urbanas.

En realidad es difícil hablar de *una* arquitectura caribeña, de *una* casa caribeña, o mejor dicho, es imposible, aunque hay quienes proponen lo que en *créole* llaman *kaz antiyen* como el prototipo de vivienda típica vernácula antillana, forjada a finales del siglo XIX y principios del XX mediante la articulación de diversos factores e influencias regionales, como el sistema constructivo del *balloon frame* norteamericano,²⁸ utilizado en las casas victorianas o *gingerbread* de la burguesía media de las islas, y el modelo del *bungalow* colonial inglés, cuyo nombre significa “en el estilo de la Bengala”, vivienda tradicional construida de madera, de un piso, techo de dos aguas y la ineludible veranda, suerte de terraza cubierta de dimensiones generosas en la que suele desplegarse el mobiliario de mimbre. En todo caso podemos pensar en algunas características comunes que identifican dicha arquitectura desde sus orígenes, derivadas de las condiciones del medio natural, así como de los usos y costumbres de los pobladores.

El problema de la identidad adquiere una connotación particular en el caso de la cultura ambiental caribeña en la que contrasta, como

²⁷ Roberto Segre, “Identidades caribeñas reveladas: diez años de producción arquitectónica y urbanística”, *Archivos de Arquitectura Antillana* (Santo Domingo), núm. 24 (mayo del 2006), pp. 46-61.

²⁸ *Balloon frame* es un tipo de construcción de madera, característico de Estados Unidos, que sustituye las tradicionales vigas y pilares por una estructura de listones finos y numerosos que son más fáciles de manejar y pueden clavarse entre sí. Esta tipología constructiva produce edificios (normalmente viviendas de una o dos plantas) más ligeros y fáciles de construir. Surgió en el siglo XIX (c. 1830) como adaptación de las típicas viviendas de madera europeas a las condiciones peculiares americanas, véase Banister Fletcher, *A history of architecture*, Londres, University of London/The Athlone Press, 1975.

hemos visto, el ámbito rural y su peculiar modo de vida con el medio urbano. Por un lado tenemos que la colonización hispana impulsó la creación de importantes ciudades en el Caribe insular y continental —Santo Domingo, San Juan, La Habana, Santiago de Cuba, Cartagena de Indias, Veracruz—, identificadas con las instituciones políticas, administrativas y comerciales de la metrópoli española y puente necesario para el flujo de riquezas de sus vastas posesiones americanas. Sus principales símbolos edificados serán las fortalezas, las plazas, los cabildos, los templos, los palacios señoriales, las mansiones, los mercados. Pero nada semejante ocurrió con el resto de las islas y territorios continentales colonizados por las otras potencias, considerados únicamente como centros de producción de azúcar, café y tabaco, en los que las ciudades no eran más que puertos de abrigo para el almacenamiento y la exportación de materia prima. De allí la modestia relativa de los centros urbanos franceses, holandeses e ingleses, que contrasta con la monumentalidad de las ciudades españolas. Y también que en esos territorios destaque la vivienda vernácula de los ricos hacendados como icono del sistema ambiental de la plantación en contraste con los barracones del batey en los que se hacinaban los esclavos.

Desaparecido el sistema colonial hispano en las postrimerías del siglo XIX, disminuido el francés, el inglés y el holandés, e implantado ya firmemente en la región el dominio estadounidense en las primeras décadas del siglo XX, serán estos contrastes y la hibridación resultante del encuentro de la cultura popular con los modelos europeos y norteamericanos importados por las burguesías nacionales, y adaptados por los arquitectos, constructores y usuarios de cada localidad, los que le otorguen el marco específico y sus peculiares rasgos de identidad a la cultura ambiental caribeña que se desarrollará a partir de entonces.

BIBLIOGRAFÍA

- Benítez Rojo, Antonio, *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998.
- Carpentier, Alejo, *Crónicas*, La Habana, Letras Cubanas, 1985, tomo II.
- Castells, Manuel, *Problemas de investigación en sociología urbana*, 7ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno, 1971.
- , *La cuestión urbana*, 2ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno, 1976.
- Choay, Françoise, *El urbanismo: utopías y realidades*, Barcelona, Lumen, 1970.
- Covarrubias, Javier, *El delito de contaminación visual*, México, UAM-Azcapotzalco, 1989.
- Cuesy, Silvia L., “Vientos del Caribe”, *Universidad de México*, núm. 616 (octubre de 2002).
- Fletcher, Banister, *A history of architecture*, Londres, University of London/The Athlone Press, 1975.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1989.
- García Ramos, Domingo, *Iniciación al urbanismo*, 2ª ed., México, UNAM, 1965.
- Gaztambide-Géigel, Antonio, “Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe”, *Revista Mexicana del Caribe*, año V, núm. 9 (2000).
- Le Corbusier, *Principios de urbanismo (la Carta de Atenas)*, Barcelona, Ariel, 1971.
- Lefebvre, Henri, *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península, 1969.
- Lynch, Kevin, *The image of the city*, Cambridge, Mass., The Technology Press/Harvard University Press, 1960.
- Moreno Fraguas, Manuel, “Tres tristes plantaciones”, *Alfil* (México), núm. 10 (invierno 1991-1992).
- Oliver, Paul, *Cobijo y sociedad* (1969), Madrid, H. Blume Ediciones, 1978.
- Segre, Roberto, *Arquitectura antillana del siglo XX*, La Habana/Bogotá, Editora de Arte y Literatura/Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- , “Identidades caribeñas reveladas: diez años de producción arquitectónica y urbanística”, *Archivos de Arquitectura Antillana* (Santo Domingo), núm. 24 (mayo del 2006), pp. 46-61.
- Simmel, Georg, *Filosofía del dinero*, Ramón García Cotarelo, trad. e introd., Granada, Comares, 2003.
- , *Roma, Florencia, Venecia*, Barcelona, Gedisa, 2007.
- Slesin, Suzanne, et al., *Caribbean style*, Nueva York, Clarkson N. Potter/Crown, 1985.
- Stagno, Bruno, *Arquitectura para una latitud*, México, Menhir, 1997.
- Stiglitz, Joseph, *El malestar en la globalización*, Barcelona, Taurus, 2002.
- Véjar Pérez-Rubio, Carlos, *Y el perro ladra y la luna enfría. Fernando Salinas: diseño, ambiente y esperanza*, México/La Habana, UNAM/UAM/UIA/UNIÓN, 1994.
- Wirth, Louis, *El urbanismo como modo de vida*, 2ª ed., Buenos Aires, Nueva Visión, 1968.
- Worsley, Peter, *El Tercer Mundo*, México, Siglo XXI, 1966.
- Yúdice, George, *El recurso de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.

RESUMEN

El presente ensayo analiza el tema del desarrollo urbano, la arquitectura y la cultura ambiental de la región del Gran Caribe a partir del concepto *ambiente* como unidad del hombre y el entorno, natural y artificial. Se hace una somera caracterización de la cuenca de los huracanes, su devenir histórico, sus condiciones geográfico-físicas y las formas de vida que en ella se recrean, en las que se expresan la pobreza material y la desigualdad social que privan en la región. Y se expone asimismo la enorme riqueza cultural de la que paradójicamente ha estado siempre dotada, cuya proyección es universal.

Palabras clave: colonialismo Caribe, identidad cultural, cultura caribeña, arquitectura caribeña, urbanismo, sincretismo.

ABSTRACT

In this essay, the author analyzes the subject of urban development, architecture and environmental culture in the Great Caribbean region, departing from the concept of *environment* as the unification of man and his natural and artificial surroundings. The author makes a brief characterization of the hurricane basin, its historical development, its geographical and physical conditions and the life forms that multiply in it, expressing the material impoverishment and social inequity that deprive the region. The author expounds upon the enormous cultural richness that, paradoxically, has always characterized the region and been known all around the world.

Key words: Caribbean colonialism, cultural identity, Caribbean culture, Caribbean architecture, urban planning, syncretism.